

# Dante, peregrino de la interpretación

Gonzalo Soto Posada

En su carta XIII a Cangrande della Scala, gran condotiero y gobernante de Verona, que lo hospedó en dicha ciudad durante su exilio, Dante expone su teoría interpretativa. La afirmación que queremos destacar de ella es que todo texto es polisémico. Para ello, Dante acude a la célebre teoría medieval de los cuatro sentidos de la escritura: literal, alegórico, moral y anagógico o superior. Desde aquí explica los sentidos múltiples de su obra clásica, la *Divina comedia*. Esta es polisémica.

Si ello es así, todo texto es polisémico; es una obra abierta, no cerrada. El texto crece con sus lectores, ningún texto está definitivamente escrito, leído e interpretado. Se presta, por su polisemia, a que el lector sea su coautor. Se pasa de una interpretación desde el autor a la recepción que el lector haga del texto. Este deviene el que le da vida al texto; sin él, el texto moriría en los anaqueles de la sin memoria. Su obra vive gracias a sus lectores. Estos se convierten en la memoria viva del texto. Incluso en las llamadas ciencias duras, todo texto incita a crear nuevos paradigmas científicos; es acicate para que desde él, pero no dentro de él, se vaya en otra dirección interpretativa. Con mayor razón en los textos literarios como la *Divina comedia*: es una obra abierta que incita a nuevas lecturas interpretativas que nunca cierran el sentido de la obra; de ahí su polisemia.

En este sentido, hay que luchar contra los despotismos y tiranías hermenéuticos que cierran la obra como Jorge de Burgos en *El nombre de la rosa*. Este asesina a quien intenta acceder al supuesto manuscrito sobre la risa de Aristóteles existente en la abadía. Quien no ríe cuando lee, asesina el texto; reír cuando se lee es la llamada de Dante a sus lectores, abrirlo a nuevas

posibilidades de interpretación es su tarea. Es la inquietud de Guillermo de Baskerville en la ya citada obra de Eco. Desde su risa como serpiente hermeneuta siempre se encamina a disfrutar de la obra proponiendo nuevas alternativas de lectura. Esta hermenéutica de la risa, con su polisemia, enriquece el esplendor vigoroso de la obra que permanece como tiniebla luminosa que hay que descifrar y desocultar. Es el sentido griego de la categoría *alétheia*, como correr el velo siempre no desvelado plenamente por los lectores; este juego de correr los velos de todo texto de parte del lector crea nuevas instancias que, como signos interpretativos, dan qué pensar a otro lector.

En este estado de nuestra propuesta, el lector es, como intérprete, uno entre muchos lectores intérpretes. Como Heráclito en su fragmento 93, el lector ni demuestra ni oculta, simplemente da signos que, con su sugestión, son meras sugerencias interpretativas. Una sugerencia es una llamada a que otro lector rompa con ella. Es la continuidad discontinua de la tradición hermenéutica de una obra. Esta tradición invita, como dice Séneca, a sacar agua del propio pozo, no para repetirla sino para transformarla. Repetirla, sin innovarla, es arar en el desierto hermenéutico del que no se atreve a abonar la tradición. Este abono es el pedacito de luz que brilla escondiendo nuevos sentidos que están ahí llamando y clamando por nuevas interpretaciones y rupturas. Esta riqueza oculta de todo texto hace que sepamos más lo que no es, que lo que es.

Es un *Deus absconditus* que, como escondido, atrae nuevos signos interpretativos que nunca cierran su sentido. Si lo cerraran, el texto se petrificaría como una roca impenetrable a



Gustavo Doré. *Infierno*, Canto V, Minos juzga a los pecadores (“Allí, Minos, horrible, gruñe “airado; / examina las culpas a la entrada: / juzga y manda, según ciñe el pecado. / -Digo, que cuando el alma malhadada, / ante su faz, desnuda se confiesa, / aquel conocedor de la culpada. / ve de que sitio del infierno es presa, / y ciñese la cola, y cada vuelta, / marea el grado a que abajo la endereza”). 1857. Grabado. *Inferno*. Edición del autor. 1861.

las lecturas que, como taladros, lo perforan e inventan y reescriben. Es decir, el texto es un cheque abierto a ser copado con nuevas cifras interpretativas. Texto, tradición e innovación copulan y de esta milagrosa cópula escapan hijos nuevos que siguen rutas alternas a las ya creadas. Así, todo texto es un laberinto rizomático que, cual bambú, hace brotar nuevas raíces en lugares insospechados por el que siembra. El autor siembra, el lector cosecha haciendo hablar a aquel; el autor es la voz pasiva de la interpretación, el lector, su voz activa que, cual verbo irregular, conjuga de distintos modos. Esta irregularidad de la interpretación, que no regularidad, hace del texto, no una ruta a seguir claramente como una carretera ya abierta, sino a abrir nuevas sendas carretables en la montaña infinita del texto. Este es una mina inagotable, que no agotable, de propuestas y sugerencias siempre proble-

máticas que como interpretaciones invitan a copular nuevamente con el texto. Es la riqueza móvil del texto que siempre está pasando de la potencia al acto interpretativo, gracias al motor del lector sin término *ad quem* sino *a quo*, desde el cual la causa eficiente que es el lector imprime una nueva forma en la materia siempre actualizable del texto. Este es principio de determinabilidad; el lector, principio de determinación; el texto es lo determinable, el lector lo determinante.

En este juego se agita la polisemia de Dante. Sus obras son pozos inmensos de sentidos. Su *Divina comedia* es una obra abierta que, como montaña, puede ser explorada de forma múltiple nunca acabada. En la carta, el mismo Dante nos dice cuál es su sentido literal y cuál su sentido alegórico. El literal es el estado de las almas después de la muerte; el alegórico es el

hombre, que por sus méritos y deméritos, y a causa de su libre albedrío, está sujeto al premio y al castigo de la justicia divina.

La alegoría, para el nacido en Florencia, viene de *alleon* en griego, cosa que en latín se dice “otro”, o “distinto”. El maestro medieval de las etimologías, Isidoro de Sevilla, en sus *Etimologías* u *Orígenes*, nos dice que, hallado el origen de la palabra, se agarra el significado profundo de dicha palabra. Pues bien, ese “otro”, o “distinto”, es el lector que pone su granito de arena para hacer crecer el texto con su interpretación. Alegoría, nos dice Isidoro, es la expresión de un concepto distinto: se dice una cosa, pero es preciso entender otra. Dante, que no cursó estudios superiores, pero sí tuvo una formación académica muy sólida, leyó con seguridad a Isidoro y su explicación de alegoría. De este modo, en todo texto siempre hay que buscar algo distinto de lo que se dice literalmente. Es la tarea del lector. Su lectura siempre es alegórica. Es un enigma que siempre hay que descifrar alegóricamente, desciframiento que nunca termina y siempre crece.

Este carácter enigmático de todo texto lo vuelve un claroscuro que brilla por su tiniebla, tiniebla luminosa siempre a interpretar de distinta manera por el lector. Este hace brillar la tiniebla, pero nunca este brillo es definitivo; queda su lado oscuro como enigma que dice sin decir todo; este todo nunca se abarca por su carácter enigmático y oracular; es la *otredad* de todo texto, como dice el nacido en 1265.

Esta *otredad* es la riqueza del texto en medio de la pobreza del que lee; es que, hermenéuticamente hablando, la pobreza es riqueza y la riqueza es pobreza. Por ello, desde la *otredad* del texto, todo texto es siempre *lo otro* a interpretar. Es la tarea del lector, pobre en su riqueza y rico en su pobreza. Esta riqueza pobre y pobreza rica del intérprete es la que permite la discusión en torno a un texto, discusión animada por la polisemia de todo texto. Como

decíamos antes, el que interpreta sugiere y da signos, nunca es autoridad absoluta. Si lo fuera, el texto moriría pobremente y perdería su riqueza enigmática, riqueza enigmática que es lo que impulsa a decir siempre *otredades* dando razones para ello e intentando persuadir y convencer. Se propone, pero no se impone una interpretación definitiva. Proponer, no imponer es la tarea hermenéutica.

Como Eco en su *Obra abierta*, todo texto es una obra abierta, nunca cerrada: “la obra de arte es un mensaje fundamentalmente ambiguo, una pluralidad de significados que conviven en un solo significante”. Si es ambigua, la relación palabra-concepto-cosa, concepción medieval del signo lingüístico o lenguaje, siempre es ambigua. Este triángulo del lenguaje que le imprime su significado es tarea del lector hacerlo vivo, gracias a su interpretación: un significante con muchos significados que, por lo tanto, siempre remite a ir cada vez, por la *otredad*, más allá, un *excelsior* hermenéutico que siempre grita: *eureka*, lo he hallado, sin hallarlo en forma impositiva.

Quien impone sin proponer cierra el texto, lo vuelve tiranía hermenéutica, cuando lo que hay que buscar es una democracia, que no demagogia, hermenéutica. Esta democracia hermenéutica permite el diferir de las diferencias como concordia en la discordia que siempre, por su *excelsior*, sube más allá desde un acá que nunca acaba. Es la polisemia del fallecido en Rávena en 1321.

**Gonzalo Soto Posada.** Doctor en filosofía de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma; doctor en filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Profesor de dicha universidad en la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades. Escritor y ensayista en libros y revistas nacionales e internacionales.